

Miguel Gomes

JOÃO 4



Aunque le haya cogido gusto a esto de contar historias, sé que todos tenemos nuestros límites. Por tal motivo, y por una reunión de trabajo en veinte minutos, la presente tendrá que ser escueta y referida con prisa:

Érase una vez João 1 que se hizo socio de João 2. Se conocían de cuando habían sido vecinos, allá en su tierra, al otro lado del Atlántico. Ya no eran tan jóvenes como entonces, pero el pasado compartido de una u otra manera le aseguraba a João 1 que su tocayo era de fiar. João 2 era sagaz, metódico y rápido, así que João 1 solía confiarle cuentas difíciles y contactos legales intrincados.

Al cabo del primer año el negocio les había rendido, y hasta hablaron de montar una cadena. Al segundo año, las cosas siguieron bien; las entradas fueron cuantiosas y lo celebraron. João 2, con toda la confianza del éxito, le aconsejó a João 1 que, en vez de invertir el dinero en otra tienda, se lo diese a él para hacer un préstamo a un tercer paisano que se comprometía a pagar a tiempo e, incluso, aceptaba intereses estrambóticos por el hecho de que prefería tener negocios exclusivamente con hombres de su tierra. João 1 dudó, pero impresionado por el talento del socio, acabó aceptando. Todo aquel dinero fue a parar a manos de João 3.

Sucedió entonces que João 1 empezó a tener quebrantos: había padecido una diabetes nada agradable hasta el momento, y no era que estuviera mal ahora, sino que las crisis pasadas le habían estropeado la vista y las cataratas eran cada vez más torrenciales. El médico le pidió que tuviera paciencia, pero que complicaciones secundarias —ciertas medicinas, ciertos achaques del paciente— exigían posponer la operación hasta una mejor circunstancia.

Los meses transcurrieron. João 2 fue un amigo leal del cada vez más cegato João 1 —lo mantenía al tanto de los negocios; le hablaba de la buena fortuna de João 3 y de cómo éste pronto les devolvería el préstamo, con creces. En lo que concernía

a la tienda que 1 y 2 compartían, sin embargo, la situación no era demasiado positiva: las ganancias habían comenzado a mermar y, de hecho, fueron nulas durante el último trimestre.

Cero ganancias durante el siguiente.

Cero ganancias también durante el subsiguiente.

A estas alturas, a João 1, con penas incesantes y confusas alteraciones de planes a causa de la enfermedad, le llegaron chismes que, al parecer, corrían en el círculo nada pequeño de los compatriotas que habían inmigrado a aquella ciudad. Según los rumores, João 2 estaba aprovechándose del socio, recluso en casa e inutilizado por la ceguera. Se rumoreaba que João 2 hacía, incluso entre desconocidos, chistes acerca de João 1, cuya imbecilidad le impedía darse cuenta de que João 3 no existía y era solo un pretexto para que João 2 retuviese cierta suma común para extraer de ella intereses bancarios de los que únicamente daría una porción ridícula al poco atento socio.

El terror paralizó a João 1; en la oscuridad, los efectos de una traición fueron devastadores. Estimaba al amigo, pero todos los indicios apuntaban a su alevosía.

Ira de João 1, que pide explicaciones a João 2. Éstas, por cierto, no lo convencen —no convencerían a nadie. João 1 no entra en razón y manda al traidor al infierno. No fue así al pie de la letra, pero no tenemos tiempo para ser literales. João 2, cínico, dice que no está para aguantar semejantes rabietas y quiere terminar la sociedad. João 1, a punto de entrar al quirófano, le responde que sí —toda la historia lo fastidia profundamente; ya no cree en la amistad, ni en sus compatriotas, ni en esta vida ingrata donde no podía creerse en nadie.

En fin, que se separaron.

João 2 tenía abogados y, éstos, argumentos especiosos. Mil y un laberintos de trámites engordaron los bolsillos del mal amigo y perfecto comerciante.

Liquidado el negocio de sus amarguras, João 1 recibió una miseria; por eso, en cuanto recuperó la vista, le explicó a la familia que no quería seguir

en aquel país. Allá en su tierra lo esperaba una casa y un pequeño taller heredado del padre, que había fallecido recientemente. No sería mala idea instalarse en el mismo sitio de donde había salido hacía tanto; los tiempos cambian y quién sabe.

Se fueron. Bueno, se fue João 1 con todos los suyos menos el hijo mayor, al que no le hacía mucha gracia lo del pueblo de sus antepasados, que el padre mitologizaba en cada conversación, entre *fados* y ecos de guitarras saudosas. El hijo, en efecto, tenía mejores ofertas: una beca para irse a un tercer país a hacer el posgrado. La oportunidad se la había dado un profesor de Boston, al que conocía por cartas.

De la riqueza saudita de João 2, que se había quedado en la ciudad de todos aquellos problemas, la gente estaba al tanto. Las opiniones con respecto a su moral estaban divididas, cierto, pero el consenso era que al hombre nada le faltaba. A la mujer y los hijos los dejó por una tropa de queridas, enloquecidas con el *portu* que las llevaba cada fin de semana a Miami y levantaba edificios que después vendía a precios indecibles. Miembro distinguido del club que frecuentaban los de la colonia. Invitaciones a todas las fiestas habidas y por haber. Enchufes varios con diputados poderosos, que apadrinaron sus negocios. Su foto apareció en los periódicos de inmigrantes que él ahora se daba el lujo de financiar. Hasta cocaína se dice que consumió.

Pero un día también se supo del fracaso estrepitoso y la bancarrota que vinieron a tocarle a la puerta: contento por el auge de su cadena, João 2 se había traído también el patrimonio familiar, guardado y seguro hasta entonces en su tierra distante. En medio de trifulcas políticas e intentos de golpe de Estado, los saqueos destruyeron la mitad de las propiedades de João 2. Los banqueros que manejaban su fortuna, poco después, huyeron a Miami, llevándose casi todo el capital del *portu*. Y la botella fue su *tertium datur*. Parecían cosas de cataclismo, porque el elemento importante que falta en esta historia es la ciudad a la que tanto João 2 como João 1 habían

emigrado en su juventud: Caracas. La prosperidad ofensiva de João 2 data de 1970. La década de los ochenta y la de los noventa llegaron, no obstante, con sus devaluaciones; sus epidemias de quiebras estatales y privadas; sus esperpentos electorales. Vino el *quítate-tú-para-ponerme-yo* de los chavistas —un par de los cuales se compraron sus respectivos BMW con los últimos fondos de João 2—. Con la Revolución y un par de corbatas rojas, João 2 habría podido mantener sus negocios, por supuesto, pero ya el ron y el whisky barato lo habían echado a perder, y el mundo, además, se había acabado.

Esta anécdota me la refirió João 1 anoche, por teléfono.

Se había enterado por cartas de antiguos conocidos caraqueños. Me desconcertó que llamase desde Bruselas, pero me explicó que él y la mujer habían decidido hacer un poco de turismo. El tallerucho de su padre había resultado mejor de lo que pensaba y, por otra parte, en su tierra —quién lo hubiese adivinado—, la economía no andaba mal. De hecho, ya podía jubilarse y finalmente descansar.

João 1 es puntual y partidario de sus costumbres: no ha dejado de telefonar quincenalmente desde que me vine a los Estados Unidos, hace años. Le causa gracia que, en una sigilosa repetición de sus tics, también me haya hecho inmigrante.

Tratando, como siempre, de imaginar las líneas de su rostro y convertirlas en palabras, lo llamo desde mi despacho y le advierto que un día de éstos nos veremos en Bruselas. ■

Miguel Gomes (Venezuela)

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros de narrativa: *Visión memorable* (microrrelatos, 1987), *La cueva de Altamira* (cuentos, 1992), *De fantasmas y destierros* (cuentos y una *nouvelle*, 2003), *Un fantasma portugués* (cuentos y una *nouvelle*, 2004), *Viviana y otras historias del cuerpo* (cuentos, 2006) y *Viudos, sirenas y libertinos* (cuentos y *nouvelles*, 2008). Vive en Estados Unidos desde 1989; trabaja como docente de posgrado en la Universidad de Connecticut y ha publicado también varios volúmenes de crítica literaria.